

HERNÁNDEZ SACRISTÁN, CARLOS (2006): *INHIBICIÓN Y LENGUAJE. A PROPÓSITO DE LA AFASIA Y LA EXPERIENCIA DEL DECIR*. MADRID, BIBLIOTECA NUEVA, 248 PÁGS.

Ángel Herrero Blanco
Universidad de Alicante
angel.herrero@ua.es

En las últimas décadas, la investigación sobre el asiento neurológico del lenguaje y su relación con la experiencia lingüística ha iluminado la concepción científica del lenguaje tanto desde una perspectiva filogenética (Deacon 1998) –desarrollando conceptos como el de ‘reserva cognitiva’ de la especie (Li y Hombert, 2002)– como ontogenética –con la revisión de la noción de innatismo (Elman, Bates, Johnson, Karmiloff, Parisi y Plunkett, 1999). En esta escena, los estudios sobre afasia (Papathanasiou y De Blesser, 2003) han ido revelando la doble faz (computacional y experiencial) de la conducta lingüística, reclamando la necesaria integración de las perspectivas formales y funcionales del lenguaje.

Es en este panorama en el que surge el libro de Carlos Hernández Sacristán, miembro destacado del grupo de investigación de Lingüística Clínica de la Universidad de Valencia. Sus contribuciones científicas desde los años 90 nos habían mostrado ya el interesantísimo horizonte teórico que, desde las patologías del lenguaje, proyectaba la lingüística perceptiva (Ángel López García), que nació como una revisión gestáltica de la noción de signo. Hernández Sacristán nos propone en *Inhibición y lenguaje*, uno de los libros de lingüística más fascinantes publicados en España en la última década, una relectura semiológica de la afasia, enmarcándola en los procesos inhibitorios que condicionan el uso del lenguaje. Pues el símbolo se propone, desde el primer capítulo del libro (“Presupuestos y objetivos: orientación semiológica en lingüística clínica”) como medio expresivo cuyo uso está dotado de capacidad estratégica, capacidad que radica precisamente en su virtualidad, en la posibilidad de inhibirlo o diferirlo, lo que otorga a su producción efectiva, a

su *visibilidad* perceptiva, un valor suplementario, un *plus* de sentido, el de una figura sobre el fondo velado de su potencial inhibición. El control neurológico de esta inhibición se revela fundamental para entender la emergencia histórica del lenguaje humano y el uso (patológico o no) del mismo.

Tal vez, en esta visión semiológica subyace la aportación peirceana del signo interpretante, que explica el proceso semiótico como explicitación de la relación del signo con su *ground*, relación que puede entenderse como motivación o intención (no necesariamente consciente). Por ello, Hernández Sacristán vincula paradójica pero rigurosamente la inhibición con la competencia comunicativa. ¿O no es verdad que es precisamente el ‘negativo’ de las habilidades o destrezas comunicativas básicas, como hablar o escribir, lo que más ejercemos: escuchar, leer? Del mismo modo, el lenguaje interior no puede entenderse sin ese potencial inhibitorio del símbolo. Otro aspecto esencial del carácter virtual-inhibitorio de la conducta comunicativa, desatendido por la tradición generativa-computacional, nos lo ofrece la sintaxis, concebida por el autor (p. 34) como un programa parcialmente indeterminado que debe ser especificado en cada acto de comunicación efectiva, en un contexto interaccional.

El segundo capítulo (“Fundamentos neurológicos: una relectura del proceso inhibitorio”) desplaza la atención hacia las condiciones biológicas del lenguaje desde el punto de vista de la maduración neurológica que lo acompaña. El hecho es que esta maduración no sólo condiciona el lenguaje, sino que viene condicionada también por él. La apertura al mundo propia del hombre supone una cierta indeterminación en el programa biológico, y la experiencia del lenguaje no viene sino a conjugar activamente esta indeterminación. La cultura viene a ser un espacio de resolución virtual, y social, de esta indeterminación. Las desventajas de la neotenia o juvenilización de la especie humana dejan de serlo desde esta perspectiva por la que cultura y lenguaje juvenilizan biológicamente al ser humano (p. 53), dotándole de una reserva cognitiva (Gottlieb) que permite el desarrollo de conductas no programadas biológicamente, conductas que están en la base de su supervivencia. Es esencial subrayar aquí que es el medio social, y no una mutación genética, el que desarrolla estas conductas no programadas biológicamente. La base neurológica, por su indeterminación, se adapta al fenotipo propio de la conducta simbólica (p. 61). ¿Cómo explicar, desde el punto de vista neurológico, esta adaptación? Hernández Sacristán dedica una páginas brillantísimas (62-74) a esta respuesta, asociando la teoría motora de la percepción de sonidos de Lieberman al hallazgo de la neuronas espejo (Rizzolati), en las que, precisamente, la inhibición motriz propioceptiva en la repetición de las

acciones (especialmente manuales) del otro (conectando la percepción visual de la acción a su plan motriz) se considera la base de la comprensión de esa acción, de su representación. Pero esta inhibición no es la de un mero copiado (y de hecho las neuronas espejo no responden cuando el otro imita una acción, en lugar de hacerla), sino, como muy bien señala Hernández Sacristán, una actividad de tipo inferencial, que, en cierto modo, elige la inhibición de la acción traduciendo esta inhibición en comprensión, y la acción representada en símbolo. La representación, señala el autor, “tendría el efecto de preparar un plan motor o perceptivo de carácter en principio virtual, pero que podría ser circunstancialmente activado”. De nuevo, la indeterminación entre un plan motor disponible y su efectiva realización se constituye en la base de una conducta social regulada simbólicamente.

La opcionalidad entre el decir y el no decir, entre el uso y la inhibición de un medio expresivo, considerada como la opción liminar de lo simbólico, hace de lo simbólico una habilidad por la que se compite en un medio social. Esta competitividad (base de la competencia comunicativa), se manifiesta claramente en las conversaciones infantiles, y resulta, según el autor, fundamental en las patologías centrales del lenguaje, a las que dedica el capítulo tercero (“Función simbólica y patología específica del lenguaje”). El valor estratégico de lo simbólico se concibe ahora como una capacidad evaluadora de contexto. La asociación lenguaje-contexto hace de este último algo más que un marco de denotación, para hacerlo formar parte de la significación, como se evidencia cuando la elección es la del silencio del decir (un silencio significativo, como la pausa). Pero el no decir es un hecho gradual, jerarquizable: podemos omitir en mayor o menor grado, lo que se relaciona con una noción de gramática como conjunto de opciones expresivas (82). Además, entre palabra y referente se da una relación multívoca (una palabra puede servir para distintos referentes, y un referente pues ser expresado por distintas formas lingüísticas). El valor estratégico del símbolo se manifiesta también en la elección de unas y otros, elección que significa modalidad y que descansa en la capacidad perceptiva de las diferentes formas de visibilidad preceptiva del signo. Pues bien, como señala Carlos Hernández Sacristán, la patología específica del lenguaje se manifestaría como pérdida de capacidad para gestionar esta red multívoca, como pérdida de modalidad o de control perceptivo sobre el medio de expresión. Sufrir una patología específica del lenguaje supone incapacidad para gestionar y explotar funcionalmente las condiciones de visibilidad del lenguaje.

Es habitual en la evaluación de las patologías lingüísticas, especialmente en las afásicas, considerar la sintaxis como un índice, acaso el más notorio,

del grado de deterioro lingüístico. Por ello el libro dedica sus dos últimos capítulos (el cuarto, “Sintaxis: símbolo en tanto que forma abstracta y computable”, y el quinto, “Protosintaxis formal y apertura de la escena”) a la consideración simbólica de la sintaxis (asimbolia y disimbolia), proponiendo una consideración semiológica de la capacidad construccional sintáctica en las patologías centrales del lenguaje. La sintaxis es, sin duda, resultado de una capacidad combinatoria formal, pero por su función comunicativa es inseparable del valor estratégico de las elecciones y de su función de representación de una escena del mundo. La opción entre distintas posibilidades sintácticas es la base de la adecuación de lo dicho al contexto o a la situación interactiva. El hablante puede emplear una sintaxis sobredeterminada, más compleja formalmente, evitando actividad inferencial al oyente, o bien una sintaxis infradeterminada, elíptica, que requiere por parte del oyente la adición de información cotextual o contextual. La elección de una u otra táctica verbal radica en la adaptación al contexto concreto en cada caso, propia de lo simbólico. En cierto modo, el uso lingüístico previsto o predicho, y faltó por lo tanto de evaluación por parte del hablante, puede ser un síntoma de una situación patológica (101). Esta rigidez de la expresión significa una pérdida perceptiva sobre la visibilidad inherente a lo simbólico. Frente a ello, Hernández Sacristán subraya la importancia de asociar la forma sintáctica del mensaje a su configuración perceptiva; el símbolo lingüístico, también en su dimensión sintáctica, es a un tiempo abstracto y visible, exhibe una materialidad que forma parte de su sentido y que es interpretable en términos perceptivos. De lo que se trata, pues, es de entender el lenguaje no sólo desde la computación sino desde una ‘lógica de la exterioridad’ (136). La configuración sintáctica, a diferencia de la computación (una suerte de ‘sintaxis silenciosa’), activa zonas del córtex del hemisferio derecho, y es imprescindible para el buen procesamiento sintáctico. Uno de los efectos más significativos del valor configuracional de la sintaxis es la entonación, “especie de borrador sintáctico” (184), y por ello ha sido desarrollada con éxito, desde hace tiempo (Helm-Estabrook y Albert, 1991) una Terapia de la Entonación Melódica. Relacionada con la entonación, la factura rítmica es otro factor decisivo de la perceptibilidad del símbolo sintáctico, de la configuración.

En definitiva, nos encontramos ante una aportación a un tiempo teórica y práctica, un libro fascinante que promete desarrollos interesantísimos en el campo de la rehabilitación de las patologías del lenguaje (el libro cuenta con un corpus de entrevistas con afásicos, de extraordinario interés) pero también, o acaso ante todo, en nuestra concepción semiótica del hecho lingüístico.